

IX

EL SALTO EN EL VEZERA

— ¡Al galope! ordenó Sed de Amor.

— Observad, señor caballero, — dijo Matraca obligando á su montura á tomar un paso razonable, — que en este camino pedregoso ir de prisa equivale á exponerse á llegar tarde.

— Haz de ti lo que quieras, — contestó Bernardo — pero yo no me detengo.

— Lo principal no es correr, señor, sino llegar... Supongamos que Djaulia se rompe los finos remos en uno cualquiera de los huecos de la roca, ¿qué habréis adelantado?

— Sensato es lo que dices, Matraca; pero piensa en Solange... Si ese aldeano fuera un malhechor...

— Poned que lo es de cuerpo entero, y estaréis en lo justo.

— ¿Que sucederá, Señor?

— Pues lo que sucede es que ese hombre se lleva á la señorita de la mano á una emboscada; desde aquí me parece ver la cosa.

— ¿Y aún tienes valor para aconsejarme la calma, desdichado? Y sigues ahí como un pasmarote...

— No, no sigo aquí, — dijo Matraca siempre tranquilo, — puesto que voy tras de vos, señor caballero; puesto que como veis llegamos al mirador natural desde el que podremos ver desde lejos la gruta de las libras de oro parisinas... Ved, allí está.

Un postrer esfuerzo realizado por Djaulia acababa de permitirle franquear una escarpadura á pico, quedando la bestia sobre una plataforma de granito unido y resbaladizo, desde lo alto de la cual abarcaba la vista todo el hermoso panorama del valle de la Manauré.

Desde aquel mirador, — como con gran acierto lo calificara Matraca, — no escapaba á la vista del observador ni uno solo de los detalles del abrupto paisaje formado por las gargantas pintorescas que del noreste al sud-oeste, y deslizándose entre grandes acantilados, atravesaba la serpiente de plata del Vezera.

Era aquel un paisaje á la vez lúgubre y magnífico.

— ¿Dónde estan? — preguntó Sed de Amor, después de inspeccionar detenidamente el curso del río. — ¿Donde están las dos jóvenes y su conductor?

— Debajo de nosotros, señor caballero; — dijo Matraca. — La plataforma que nos sostiene se adelanta como veis; por eso no es posible distinguirlos.

Las herraduras de la yegua se escurrían en aquel

suelo que hubiérase dicho de mármol pulimentado, y la noble bestia, inquieta, temblorosa, hacía prodigios de equilibrio para sostenerse.

— Mirad allá abajo, señor caballero.

Matraca, con el brazo extendido, señalaba un grupo de árboles plantados al tresbolillo en el centro de una península formada por un recodo del Vezera.

— Veo la entrada de una gruta; — dijo Sed de Amor. — ¿Es eso lo que señalas?

— Sí, señor; esa es la gruta de la Magdalena. ¿Pero no veis nada más, entre la sombra proyectada por los árboles?

— Espera... Sí: veo, mejor dicho, adivino las siluetas de seis hombres.

— Uno de los cuales lleva puesto un antifaz...

— ¿De veras? Dios te conserve la vista, Matraca: tus ojos son en verdad excepcionales. Pero dime, ¿qué pueden hacer ahí esos hombres.

Matraca miró con asombro al caballero.

— ¿De veras no lo suponéis? — preguntó. Pues la cosa es clara. Están esperando la presa que les lleva el aldeano.

Sed de Amor nada dijo; pero sus labios dejaron escapar una risita que hizo estremecer á su compañero. Tras un momento de silencio, murmuró sin apartar su vista del grupo de árboles:

— Por Dios vivo te juro que si esos miserables se atreven á poner una mano sacrilega sobre la señorita de Villanueva-Marsan, helos de hacer reir como rien los condenados, empleando con ellos, sin misericordia,

el golpe que me enseñó el viejo Spolto. — Volviéndose enseguida hacia su criado, añadió:

— Anda á ver lo que ocurre debajo de esta roca.

Sin hacerse repetir la orden abandonó Matraca su montura, y acostándose sobre el vientre fué deslizando con prudencia hacia el borde de la roca. Allí permaneció un instante, inspeccionando, ajeno al vértigo, lo que ocurría allá abajo. Luego se retiró con igual prudencia, y una vez en terreno menos peligroso, se puso en pie diciendo:

— Lo que había previsto, señor caballero. Allá van la señorita Solange y Pierrila tan confiadas las dos... ¡Señor, parece imposible! Yo creí que los nobles eran más avisados... No, no es que yo intente faltar al debido respeto, pero en fin...

— ¿Según eso están allá? ¡Habla, pero pronto! — dijo Bernardo.

— ¡Claro que están! ¿No lo acabo de decir? Mas aún: en el momento en que yo miraba, se embarcaban las dos en un bote que dirige el astuto aldeano que Dios confunda. ¡Mirad, mirad! ¿Veis que el agua se riza ligeramente? Eso indica que la barca avanza hacia la otra orilla... No tardaremos en verla... ¿No lo dije? ¡Ahí la tenéis!

En efecto, un ligero esquife acababa de mostrarse en medio del río. El aldeano maniobraba los remos, sentado frente á las jóvenes que ocupaban la popa.

Inclinándose un poco sobre la silla, aunque sin perder el centro de gravedad necesario al equilibrio instable de Djaulia, Bernardo de Arma pudo convencerse

de la realidad de lo que acababa de explicarle su hermano de adopción, convertido más tarde en su compañero de caza y luego en escudero voluntario.

Y contemplando estaba la barca cuando Matraca le apuntó :

— Por lo visto ha llegado el momento... Ved, el palurdo abandona los remos... La barca se hunde... Se ha declarado á lo que parece una via de agua... y los seis bribones de la gruta acuden, para raptar á la señorita sin duda... No está mal, no está mal representada la comedia...

— ¡Ah, canallas! — rugió Sed de Amor.

El sudor, de angustia sin duda, bañaba la frente del caballero, quien seguía con la mirada centelleante todas las peripecias de aquella escena explicada en alta voz.

Si en realidad tratábase de una comedia preparada de antemano, como decía Matraca, el aldeano habíase tal vez precipitado un poco en hacer funcionar la válvula, porque era lo cierto que la barca se hundía, aun cuando se hallaba todavía algo distante de la opuesta orilla, de aquella en la que esperaban los seis malhechores.

Dos gritos de angustia y de terror hirieron el silencio augusto de la naturaleza.

Solange y Pierrita, que los lanzaron, hallábanse abrazadas, viendo con mortal espanto cómo el agua les llegaba ya hasta las rodillas.

— ¡Al agua! — ordenó en aquel momento una voz ruda é imperiosa. — ¡Traedme viva y sana la morena! ¡Esa es para mí, para Sed de sangre!

La morena era Solange.

Bernardo de Arma masculló un juramento. Volviéndose á Matraca le preguntó :

— ¿Quién ha dicho eso? ¿Quién dió la orden?

— El hombre de la careta, señor caballero.

— Bueno. Voy á dejarle por embustero.

Obedeciendo la orden de su jefe los malandrines habíanse arrojado al agua. Pero en aquel momento Sed de Amor, apretando un poco las rodillas obligó á Djaulia, cuyos ollares humeaban, á avanzar dos metros.

— ¿Qué altura? preguntó con tono breve.

— ¿Desde este mirador al agua? — dijo Matraca sin comprender las intenciones de su amo. — Pues unos sesenta pies por lo menos.... Buen camino, como veis, para las golondrinas.

— ¿Es profunda la corriente en este sitio?

— ¡Ya lo creo! ¡Mucho! Supongo que el señor caballero no piensa en cometer la locura de saltar...

— Pues te equivocas, porque en eso pienso... ¿Vienes tú?

— Lo que es por ahí, de ninguna manera.

— Pues entonces hasta luego.

Levantada su cabeza por una mano de hierro y ensangrentados los ijares por la espuela, Djaulia lanzó sonoro relincho de dolorosa sorpresa. Luego, obediente, apoyándose con feroz energia en el cuarto trasero, dió un salto prodigioso y se lanzó al espacio, yendo á caer sobre los nadadores, dos de los cuales rodaron muertos al fondo del Vezéra, en compañía de la noble bestia.

Matraca, asombrado, entusiasmado por la grandeza de un acto cuya audacia pareciale imponderable, dudaba si era cierto ó no lo que veía, aunque hubo de rendirse á la evidencia al observar que las dos jóvenes acababan de desaparecer en el agua al mismo tiempo que el caballero, jinete siempre en su hipogrifo sin alas.

Si le hubiesen preguntado entonces por qué habíase puesto de rodillas, no hubiera podido decirlo. Sentía que se ahogaba. La emoción impediále respirar.

¿Reaparecería en la superficie de las aguas el heroico caballero, ó quedaría para siempre sepultado en el fondo del río? ¿Quién sabe! Tal vez un remolino habíale arrastrado lejos, muy lejos... ¡Y las jóvenes, que tampoco salían á flor de agua!

— ¡Qué desgracia, Dios mío! ¡Qué terrible desgracia! — gritaba el hombre mesándose los blondos cabellos.

En tales instantes de febril impaciencia los segundos parecen años, y dijérase que cada minuto discurre en la eternidad con la lentitud de un siglo.

El hombre del antifáz había reunido á los tres que escaparon al mortal encuentro con el centauro buzo, y acompañados del guía que utilizara Solange, ganaron á nado la orilla en el momento mismo en que, algo más abajo del sitio en que se hundiera Djaulia, salía á flote la noble bestia montada siempre por su caballero, llevando en la cruz los cuerpos inanimados de Solange y de Pierrila.

Bernardo tuvo la suerte de tropezar con ellos en

agua y de recogerlos abrazados, tal como se encontraban.

— ¡Hurra, señor caballero! — gritó Matraca delirante de alegría. — Eso sí que es una aventura... Como si no tuvierais bastante con las doncellas de la tierra, vais á buscarlas hasta en el fondo de las aguas... pasando por los aires... Pero mucho ojo, que alguien os espera en la orilla. Manó á la espada por vuestra salud, señor caballero.

— ¡Ven acá! — respondió sencillamente el caballero, dirigiendo su montura, apenas jadeante, hacia la orilla en la que, en efecto, le esperaban los cinco bandidos.

Matraca por su parte reunióse con su mulo llevándolo hacia una anfractuosidad de la roca, hendidura que servía de puerta natural á un sendero estrecho y tortuoso que descendía hasta la orilla del Vezéra entre dos murallas tan lisas como pulimentado estaba el suelo.

Aquella gotera de granito tenía sobre poco más ó menos la anchura y la forma de un moderno tobogan.

El corpulento bearnés cuya fuerza igualaba su pereza, empujó al mulo por la pendiente, saltando en el acto sobre su grupa. La pobre bestia se sentó, creyendo poder resistir; pero incapaz de vencer la velocidad adquirida en la resbaladiza pendiente, operó el descenso en tal postura de senador romano, con velocidad vertiginosa.

Aunque no tan vertiginosa como lo fué el fulminante ataque de Sed de Amor contra los bandidos, porque cuando llegó Matraca, cuatro de ellos se retorcián ya en el suelo con las caras llenas de sangre.

La batalla había sido de corta duración. No obstante contarse cinco espadas contra una, la suerte de las armas habíase declarado contra el número. Los cuatro heridos fueron tocados en el mismo sitio. Cada uno de ellos no poseía más que un ojo: el izquierdo. Cuanto al hombre del antifáz, el jefe, había tenido la suerte de poder huir, montando á tiempo su caballo, oculto tras los contrafuertes de la gruta, por lo que Bernardo de Arma, terriblemente encolerizado, hubo de aplazar para nueva ocasión el castigo merecido por el miserable. Por el momento debía pensar en el auxilio inmediato que reclamaban las dos jóvenes, cuyo desmayo podía hacerse peligroso de prolongarse mucho tiempo.

Apeóse pues sin tardar, y viendo que se acercaba Matraca:

— Dáte prisa, — le gritó, — y ven á ayudarme.

El enorme escudero acababa de atravesar el Vezera montado en su mulo; y al ver su cara de satisfacción podría creerse que el hombre no se consideraba ajeno por completo á la estupenda victoria ganada por su amo.

Una vez en la orilla ayudó á Bernardo á bajar de la cruz de Djaulia las dos mujeres, que fueron cuidadosamente tendidas sobre el musgo.

Arrodillóse el joven defensor de los oprimidos junto al cuerpo de Solange y trató de verter entre los descoloridos labios de la joven unas gotas de viejo Armañac contenido en su cantimplora, mientras que Matraca se ocupaba de la sirvienta, procurando que volviese en sí

con ayuda de una práctica especial cuyo uso se ha establecido después, pero que entonces podía exponer al practicante á graves castigos, por considerársele culpable de violencias ejercidas sobre cadáveres ó cuerpos indefensos.

Pierrila parecía muerta en efecto, y había algo de macabro en el modo como el bearnés violaba impunemente la virginidad de sus labios lívidos.

Digamos en honor á la verdad que no la besaba. Unía, sí, estrechamente su boca á la de la joven, y por entre los labios insuflábale un poco de su propio vigor, consiguiendo de este modo que los pulmones de Pierrila comenzasen á funcionar, aumentando la normalidad á cada nuevo esfuerzo.

Este trabajo no impedía á Matraca entregarse á su habitual locuacidad.

— ¡Ah, señor caballero! — decía entre sopro y sopro. — La verdad es que es cosa de enorgullecerse de pertenecer en cierto modo á vuestra familia. No hay dos como vos para llevar un movimiento con la espada en la mano. Digo, pues ¿y la travesía del aire? Tan cierto como que me he de morir, no tenía yo en aquel momento gota de sangre en las venas. Djaulia no es solo un magnífico caballo; es además un pájaro sorprendente, y un pescado famoso... Tanto vale el caballo como el hombre, aunque sea mala comparación... ¿Pero puede saberse dónde diablo habéis metido los cuatro ganapanes que el diablo se lleve?

Bernardo había cubierto con su capa el cuerpo de Solange procurando hacerla entrar en calor. Sin apar-

tarse de ella, por haber observado que las mejillas comenzaban á colorearse, contestó sencillamente :

— Detrás de ti.

Volvióse Matraca, y al ver á los cuatro estropeados con las caras cubiertas de sangre, gesticulantes y deformadas por las contracciones nerviosas, tuvo un tal sobresalto que no pudo impedir que su codo hiriese el pecho de Pierrila, quien lanzó un suspiro prolongado.

Vuelto gracias á él al sentimiento de su obligación, reanudó su humanitaria tarea, sin perjuicio de interrogar á su amo acerca de lo que acababa de ver con gran sorpresa.

— ¡ Misericordia, señor caballero! — decía. — ¿Cómo os arreglasteis para colocar con tal acierto tan formidables y entuertantes estocadas? Huélgome de que así sea, y más aún de la posibilidad de que esos perros fenezcan en plazo breve... ¿No os parece, señor, que están en sus últimas?

Como Solange volvía en su acuerdo Bernardo pudo contestar sonriente :

— No te preocupes de eso. Una pulgada de acero no mata, y ya sabes que bicho malo nunca muere... Más vale así : esos granujas pasearán por el mundo la marca del castigo que reservo á todo hombre bastante cobarde para atacar á las mujeres.

— ¿Pero, y el jefe, señor caballero? — preguntó Matraca. — ¿Y el hombre de la careta?

— Ese ha podido escaparse antes de sufrir la misma suerte. Figúrate que á Djaulia se le ocurrió resoplar y sacudirse en el momento mismo en que lo tenía al

alcance de mi espada é iba á hacer saltar la careta... Pero no importa; yo le reconoceré y la alcanzaré donde quiera que se encuentre.

— ¿Cómo lo reconoceréis?

— Por esto; — dijo el caballero señalando la empuñadura de su espada en la que aparecía grabada una A mayúscula, formando como un sello. — Dándole un golpe con el pomo en el nacimiento de los cabellos he conseguido marcar en su frente la letra que me lo entregará más tarde ó más temprano; la inicial del único calificativo que merece : asesino.

En aquel momento percatóse Bernardo de la extraña maniobra á que se entregaba su escudero.

— ¿Pero qué es lo que haces, condenado? — le preguntó con cólera no disimulada.

— Nada de malo, señor caballero, — dijo Matraca. — Cada uno tiene su modo de resucitar muertos. Y mi modo de devolver la vida á las medio muertas no debe ser del todo malo, como véis...

Pierrila en efecto abrió los ojos. Dió luego un suspiro, y adivinando sin duda ¡oh, intuición femenina! lo que el rubicundo mozo acababa de hacer en su beneficio, anudó sus brazos al robusto cuello de Matraca y le devolvió su ósculo.

Era de tal modo sincero aquel ademán de gratitud que Bernardo de Arma hubo de deplorar en su fuero interno el haberse mostrado menos hábil que su escudero, porque también él hubiera deseado, y mucho, obtener igual favor de Solange. Pero no era hombre para tomarlo por sorpresa, pues de hacerlo así habriase

considerado deshonrado para siempre á sus propios ojos.

Además, aun cuando hubiera querido emplear el método que tan excelentes resultados diera á su escudero, ya no estaba á tiempo para ello.

Gracias en efecto á las caricias de Pierrila, la señorita de Villanueva-Marsan acababa á su vez de recobrar los sentidos.

Puestos rápidamente de acuerdo, amo y criado se apresuraron á trasladar á las dos jóvenes, llevándolas tras la verdura que rodeaba la gruta de la Magdalena á fin de evitarles el horrible espectáculo de los cuatro bandidos que gimiendo se arrastraban por el suelo.

Precisamente en este lado de la pequeña península una barca atravesaba el Vezera, haciendo el servicio del pueblo de Tursac.

En él, en una alquería, y ante un buen fuego de leña, pudieron todos secar sus vestidos, quedando convenido que, con objeto de no asustar á la marquesa, guardárase el más absoluto silencio acerca de los acontecimientos que relatados dejamos.

Al anoecer de aquel mismo día memorable, Solange y Pierrila, completamente repuestas, fueron recibidas con indecible alegría por la marquesa y por Cortansio, instalados en el castillo de Marsac, quienes escucharon de labios de las expedicionarias el relato de su viaje á la gruta de la Magdalena y de la ofrenda hecha del dinero, encontrado por fortuna.

Terminado este relato, convenido previamente, Solange abrazó á su madre asegurándole hallarse curada,

pero por completo, de sus pasadas indisposiciones, y del todo resuelta á no moverse para nada de Bonaguil.

Digamos en este punto que la avisada joven se comprometía á continuar su reclusión sin protesta alguna porque tuvo la precaución de indicar previamente á Sed de Amor, único artífice de su curación, la existencia de una brecha en cierto sitio apartado del muro que rodeaba el castillo, y creía hallarse segura de que el caballero no dejaría de cerciorarse personalmente de la existencia de dicho portillo, verdaderamente providencial.

Solange sabíase amada y creía amar ella á su vez.

Su sueño, que parecía tomar forma, cristalizar y convertirse en realidad encantadora, era más que suficiente para desterrar del alma de la joven la pasada melancolía.

— Mucho es lo que me alegra hija mía el resultado de esa expedición, pues que en ello gana vuestra salud, — dijo la marquesa; — pero hemos de confesar que la hermosa egipcia no ha acertado por completo en sus predicciones.

— ¿Cómo es eso, hermosa señora? — preguntó el vizconde de Marzac, viejo galanteador retirado por edad, que en fecha aun no muy remota fuera uno de los más asiduos cortesanos de Diana de Poitiers, duquesa de Valentinois.

— Ya os dije, — continuó la marquesa, que aquella mujer pronunció estas enigmáticas palabras: « El salvador caerá de lo alto de las rocas ó surgirá del seno del río ».

Solange al oír hablar así á su madre hubo de volver la cabeza para hurtar á las miradas de todos el rubor que coloreaba sus mejillas.

El vizconde, siempre cortesano, observó :

— Convengamos en que ese personaje se ha hecho reo del delito de lesa galantería. Sin embargo, — añadió — tal vez vale más así, y debemos regocijarnos de que esta señorita no haya tenido ningún encuentro desagradable. Dicen que Sed de Sangre merodea por el contorno.

La marquesa pareció sorprendida al oír aquel extraño nombre.

— ¿Sed de sangre? — preguntó.

— Sí, — dijo el vizconde, — un bandido que opera con la cara tapada con un antifaz.

Esta vez Solange palideció horriblemente. La pobre recordaba haber visto que uno de los malecheros que ocupaban las inmediaciones de la gruta de la Magdalena llevaba el rostro cubierto.

— Aunque bien podría suceder, — concluyó el galante vizconde — que el tal Sed de Sangre la tenga solo de vino. En todas las clases de la sociedad hay reputaciones usurpadas.

Al siguiente día de ocurridos los acontecimientos que dejamos narrados, el castillo de Bonaguil cerraba de nuevo sus puertas después de entrar por ellas sus amas, un momento sacudidas por un viento de libertad, y ambas damas reanudaron su existencia monótona y triste.

Aunque no. Para Solange la vida cambió de modo

notable. Ahora tenía citas en los rincones más sombríos del jardín; citas inocentes, que, aun con serlo, debían rodearse de toda clase de seguridades para evitar sorpresas. Así Pierrila entretenía en el interior á la marquesa y también al viejo Cortansio, mientras Matraca vigilaba fuera para que nadie interrumpiese el interesante idilio.

Un idilio, sencillo, infantil casi, eran las entabladas relaciones. Bernardo amaba, y su naciente pasión habíale cambiado en absoluto. No era ya el impetuoso vividor, ávido de goces materiales : el apuesto don Juan irrespetuoso y emprendedor. Era sí un muchacho tímido, que osaba apenas tocar la punta de los dedos de su amada y que permanecía silencioso largo rato en presencia de ésta, por la sencilla razón de que nada se le ocurría que decirle.

Así pasaba el tiempo, y las semanas sucedían á las semanas. Ya apenas se hablaba en el contorno de Sed de Amor. En cambio todo el mundo, en los pueblos inmediatos, parecía intrigado por un acontecimiento del que se hablaba como de cosa extraña aunque regocijante. Decíase que había desaparecido Sed de Sangre, el famoso bandido, y que su desaparición debía ser la consecuencia de cierto terrible castigo impuesto á cuatro de los suyos por un desconocido, por un valiente sin duda, cuyo nombre había quedado en el misterio.

El cuarto día del sexto mes, y en el momento en que Bernardo de Arma disponíase á franquear el muro de cerca del castillo para hablar unos instantes con su

amada, vió con la natural sorpresa algo que le pareció extraño, inverosímil. Una carroza deteníase ante la puerta principal de Bonaguil.

Paró Bernardo sorprendido, y pudo ver cómo una dama, apeándose de la carroza, penetraba en el castillo, y cómo el carruaje continuaba luego su camino.

Aquel día nuestro enamorado esperó inútilmente durante algunas horas á la bella Solange. Al anochechar, y cuando ya se disponía á retirarse, vió que hacia donde él estaba acercábase Pierrila.

— Señor caballero, — dijo la muchacha sin esperar á que la interrogasen, — inútil será que os molestéis en volver por aquí. Hoy ha llegado una orden de la corte... La señora marquesa y la señorita salen mañana para París.

— ¡Se van mañana! — repitió Bernardo sin saber siquiera que hablaba.

Luego, pasada la sorpresa añadió :

— ¿Y tú?

— Yo iré más tarde. Por ahora me reemplazará miss Huming, la mensajera de la reina. Si el señor caballero fuese tan amable que quisiera despedirme del señor Matraca, yo se lo agradecería mucho...

Bernardo no la oyó siquiera. Profundamente triste, contrariado, revolviendo en su mente miles de proyectos á cual más fantástico y pensando en infinidad de cosas desagradables, llegó á la casita de Salvatierra la Lemance, persuadiéndose á sí mismo de que era el más desgraciado de los hombres.

Matraca, no obstante su escasa perspicacia, hubo de

notar el salto que se había operado en el humor de su amo.

— ¿Ha pisado el señor caballero alguna mala hierba? — le dijo al verle tomar asiento sin despegar los labios.

— Matraca, la señorita Solange se va á París; — dijo á duras penas Bernardo, para satisfacer la natural curiosidad de su fiel criado.

— ¡Buena la hemos hecho! Señor, y yo que ya me había hecho á la idea del matrimonio!

— ¿De qué matrimonio hablas?

— ¡Toma! Del suyo, del vuestro, de nuestro matrimonio en fin; ¿de cuál ha de ser?

— ¡Imbécil!

— Muchas gracias, señor caballero, y conste que entre nosotros no hay ofensa posible.

Habíase sentado Bernardo y reflexionaba, la cabeza apoyada en ambas manos, cuando levantándola de pronto preguntó :

— Dime, Matraca; ¿en qué año estamos?

Pensó el sesudo escudero que muy sorbido le tenían el seso á su amo los amores cuando de tal modo olvidaba cosas tan elementales. Luego contestó á la pregunta :

— Estamos en el año de 1577, señor caballero.

— ¿Ya? ¿Y en qué mes?

— En los comienzos del tercero.

Bernardo golpeó con violencia su frente.

— Que el diablo me lleve, — dijo — si no era ya tiempo de que despertase de mi sueño... Por poco si falto á la cita.

— Vamos, alguna otra princesa misteriosa que le habrá sonreído ó mostrado dos dedos de pantorrilla; — se dijo Matraca asombrado al ver el cambio que se operaba en el joven. — Hace un momento parecía como si quisiera matarse á causa de la damisela que se va, y ya está el hombre pensando en coquetear con otra... ¡Buen temple el del amigo!

Miró de reojo á su compañero, y como si quisiera obligarle á nombrar el objeto de su nuevo capricho, insinuó maliciosamente:

— A rey muerto rey puesto, ¿no es verdad, señor caballero? Sin contar con que sin duda pensáis que por algo se ha dicho que la mancha de la mora se quita con una mora verde .. Pero vamos á ver: ¿es muy lejos, la cita esa de que habláis?

— En Paris.

Matraca se estremeció...

— ¿En Paris? No está muy cerca que digamos, pero eso me hace pensar que la cita es con la señorita...

— ¿Con Solange? Pues mira, — dijo Bernardo — tal vez tengas razón. Ahora recuerdo que también ella va á Paris. Viajaremos juntos. Quiero que sepas sin embargo que aunque grande es mi contento de poder vivir cerca de donde resida la señorita de Villanueva, esta es ajena en absoluto á mi resolución.

— Entonces es que hay otra en puerta, — aventuró Matraca.

— Tu estupidez es incurable, mi pobre amigo; — dijo el caballero. — Una persona me espera el día dos de Abril próximo en Paris, enfrente precisamente de la

calle de Etuves-Saint-Honoré, pero esa persona es un hombre.

Esta declaración, que después de todo era una prueba de confianza de parte de Bernardo, no satisfizo sin embargo á Matraca. ¿Cómo no habiale hablado de ese proyecto de viaje hasta el último momento? ¿Cómo había esperado tanto, siendo así que debió proyectarlo mucho tiempo antes? Si el caballero se alejaba de Salvatierra la Lemance, él, Matraca, ¿qué haría allí solo? Hacíase pues preciso que consintiera en que le acompañase. El caballero era su estrella; no era posible renunciar á ir en su seguimiento precisamente cuando la estrella se disponía á entrar en el cielo. Porque para el que desea obtener favores y forzar la fortuna, Paris es un verdadero cielo.

Reflexionando se hallaba acerca de los recursos de que podría valerse para imponer su compañía, cuando el mismo Bernardo tendióle, sin saberlo, un cable, lamentándose de haber agotado todos sus recursos y de hallarse por consiguiente sin blanca para emprender el viaje.

— Sabed señor caballero, — dijo Matraca — que sois en realidad menos pobre de lo que creéis, puesto que tenéis la fortuna de haberme por casi hermano. Vuestras son las economías que dejó mi excelente padre, y Dios me es buen testigo que partirlas quisiera con vos si consentís en conservarme cerca de vuestra persona en calidad de cajero-escudero.

Era tan inesperada, tan heroica sobre todo de parte de aquel labriego, la generosa proposición, que Sed de

Amor, emocionado, tomóle ambas manos estrechándolas con efusión.

— ¿De modo que aceptáis? — preguntó el hombre.

— ¡Ya lo creo que acepto! Con el alma y la vida. Como que me sacas de un grave apuro.

Hizose el acuerdo enseguida. Bernardo podría disponer de la mitad del dinero de que Matraca sería depositario, entendiéndose que toda suma adquirida en lo sucesivo ingresaría en el fondo ó masa común.

Dando sin dar en realidad, el avisgado perezoso asegurábase el reintegro usurario de las cantidades que iban á salir de su bolsillo, y dábaselas de generoso cuando en realidad era un calculador positivista.

Y fué así cómo al siguiente día y á corta distancia de la caravana formada por las cuatro personas que desertaban el castillo de Bonaguil, pudieron tomar el camino de Paris el caballero Bernardo de Arma y su notable escudero.

El lector sabe ya cuánto intrigó á la marquesa escolta tan respetuosa como persistente, y cómo se terminó el viaje, en las inmediaciones del arrabal de San German, después de la lucha contra los extraños bandidos del barón Cortomontel, con la liberación de Glorieta y la llegada del caballero bajo el sobradillo de la casa de las Miñonas.

X

EL PRADO DE LOS CLÉRIGOS

Divididos en dos grupos los miñones habíanse retirado de la sala de la orgía, unos en pos de Rolando, duque de Nemours, y los otros, los partidarios del de Guisa, rodeando á Carlos de Entragues, quien había tomado bajo su protección á Bernardo de Arma, el audaz interruptor de la alegre fiesta.

Ya sabemos que, una vez sola, la bella Fiamma fuése á la ventana, poniéndose en comunicación con el personaje de la capa apostado bajo el sobradillo, al cual hubo de suplicar, finado su diálogo, en estos términos:

— Ahora va hacia el Prado de los Clérigos; ¡impedid que lo maten las espadas!

Preciso era que el personaje así invocado se hallase en posesión de un poder sobrenatural, cuando inspiraba á Fiamma tan extraordinaria confianza.

¿Cómo en efecto habría ésta rogado á aquel hombre que preservase de la muerte á un duelista en el mó-